



El amor y la lucha de Diana y Sebastián, que los mantuvo unidos aún en la muerte, siguieron latiendo bajo la tierra. En ese descampado donde los arrojaron al lado del camino, en medio de lagunas que se fueron rellenando con escombros, desde el año 2008 viene creciendo el Barrio Sarmiento. Un barrio donde 700 familias, principalmente de inmigrantes y campesinos del interior, vienen enfrentando la exaltación y a la vez construyendo un futuro digno para sus hijos. Es decir, los "huesitos", como se les llama, estuvieron creciendo en ese barrio. Y desde este barrio comienzan a ser resultados de la desaparición para transitar el camino que los devuelve a la muerte. Fueron niños de este barrio los que ocasionalmente encontraron restos humanos y uno de los pobladores se animó a denunciarlos. La policía foranosa los retiró el 25 de octubre del 2012, y el equipo de Antropología Forense los identificó el 1 de marzo del 2013, informando que entre los cuatro cuerpos encontrados estaban los de sus padres. El Juez Daniel Ralecas, con una resolución de suma lucidez implacable, el viernes 3 de mayo declaró públicamente que **ya no son más desaparecidos**, que son muertos asesinados por las mafias organizadas del ejército, la policía y la triple A, que venían operando desde antes del proceso, con los mismos métodos y la misma crueldad que los caracterizó durante la

# EL BARRO DE LOS MUERTOS: EL CIELO DE LOS DESAPARECIDOS

El tajo fortuito de una pala permitió que Diana Triay y Sebastián Llorens –militantes del ERP «chupados» en 1975– salieran del subsuelo de la desaparición y ascendieran a la tierra húmeda de los muertos.

Para quienes conocieron a sus padres por fotos, abrazarse a los huesos representa un triunfo: es reencontrarse con la historia de esos cuerpos que nunca pudieron tocar o acariciar de manera consciente.

## ■ POR GABRIEL ROSENBAUN

**E**ra miércoles. Era marzo. Esos dos datos aparecen nítidos cada vez que Carolina Llorens lo recuerda: iba charlando con Paula, una amiga y colega, cuando sonó el celular.

La comunicación fue corta y amena.

–¿Carolina? Me presento: soy Anahí Ginarte, del Equipo de Antropología Forense, y necesito hablar con vos. ¿Cuándo podemos vernos?

Carolina dijo que estaba ocupada: debía viajar a Villa Dolores, dar un taller hasta la noche y, al día siguiente, volver a Córdoba y atender varios pacientes.

–¿Podés mañana a la tarde? –preguntó Carolina.

–Sí –respondió la mujer.

Acordaron reunirse el jueves por la tarde, en la casa de Carolina, camino a Villa Allende, a unos minutos de la ciudad de Córdoba.

Carolina cortó la llamada y, al bajarse en la terminal de ómnibus, notó que estaba temblando, pero minimizó la situación: se le fue de la mente durante el resto del día. Disfrutó del taller y se sintió plena en la noche calma de Villa Dolores. Pero todo volvió a su cabeza a la mañana siguiente. El ómnibus recorría la autopista que une Villa Carlos Paz y Córdoba. Apenas cruzó el puente de Malagueño, la vista se clavó del otro lado de la ruta: en la estructura de hormigón que recuerda que allí funcionó La Perla, el principal centro clandestino de detención, tortura y exterminio de la provincia de Córdoba durante la última dictadura. Sintió escalofríos.

Entonces –recién entonces- Carolina supo que la esperaba una noticia que la sacudiría. Se dijo a sí misma que nadie del Equipo de Antropología Forense (EAAF) iría hasta su casa sólo por un trámite menor que pudiera hacerse por teléfono. La invadió la impaciencia. Había esperado ese momento durante treinta y siete años. Cerró los ojos.

Atendió a sus pacientes y durante las dos últimas sesiones sintió una ansiedad que la desbordaba. Anahí Ginarte llegó a la hora prevista. Hizo sonar la campana de hierro ubicada junto a la puerta de rejas y oyó el ladrido de los perros. Carolina abrió y la invitó a pasar. Subieron juntas a la habitación donde funciona el consultorio y se sentaron en dos pufs mullidos.

Había un silencio apenas roto por el canto de los pájaros:

–Encontramos a tu mamá y casi con seguridad a tu papá –dijo Anahí con una voz cálida. Carolina tardó en reaccionar. Se sintió aturdida. Trató de pensar cuántas veces y con qué intensidad había deseado encontrar a su mamá o a su papá, pero jamás imaginó que pudieran darle la noticia que acababa de escuchar: que habían aparecido juntos.

Anahí prosiguió: los restos de Sebastián Llorens y Diana Triay habían aparecido de manera azarosa en un barrio marginal ubicado a orillas del Río La Matanza, en la provincia de Buenos Aires, el 26 de octubre de 2012. A cuatro meses y medio del hallazgo, y luego del paciente trabajo del EAAF, Anahí describía minuciosamente todo lo

que sabía mientras Carolina trataba de acomodar –a los tumbos– un rompecabezas con más partes que las que podía ordenar.

–Yo quería encontrar los huesos. Es raro decirlo, pero necesitaba tocar algo que probara que mis papás habían existido. Y quería darles una despedida –dice ahora Carolina, casi en un susurro. Hay una relación inversamente proporcional entre el peso de las palabras y la intensidad con la que las pronuncia.

–Que los encontraran juntos rompe cualquier lógica –dice Carolina–. Hay casos en los que encontraron a los dos integrantes de una pareja de desaparecidos, pero muy pocos en los que aparecieron juntos. Si no tenés alguna manera mística de explicar eso y todas las coincidencias posteriores no podés entender casi nada de esta historia.

Carolina se ríe con risas cortas, quizá nerviosas, como si estuviera haciendo una travesura en la memoria de su abuela materna –también llamada Carolina–, una andaluza profundamente anticlerical que la crió con mucha espiritualidad pero lejos de toda mística.

Desde ese jueves de principios de marzo de 2013, y durante unos cuantos meses, todo el resto de la vida de Carolina –pacientes, obligaciones menores, trámites cotidianos– entró en un paréntesis.

\*\*\*

Antes de despedirse, Anahí dejó anotados los datos de los compañeros del EAAF que habían participado del proceso de identificación de los cuerpos, para que se contactaran con ellos y avanzaran en el camino hacia la restitución. Emocionada, Carolina bajó a su casa. Su marido, César, y sus dos hijos menores, Teo (doce años) y Valentín (nueve), esperaban ansiosos. Ella describió todo cuanto pudo hilvanar. César abrió los ojos con expresión de sorpresa y pidió más precisiones sobre el sitio en el que habían aparecido los cuerpos.

–Si es donde supongo, yo estuve en ese barrio el año pasado, trabajando con el Mo-

vimiento Campesino –dijo César

Buscaron mapas y cotejaron informaciones. Todo coincidía. Pero era demasiado inverosímil para ser cierto. Aún incrédula, Carolina llamó a Ana Clérici, una amiga que también integra el Movimiento Nacional Campesino. Ana le dijo que sí: que hacía unos meses, en ese barrio Sarmiento en el cual había estado César, una comunidad ubicada a orillas del Río La Matanza y poblada en su mayor parte por inmigrantes indocumentados, habían aparecido restos humanos, mientras algunos pobladores cavaban en un terraplén.

Cuando llamó a los contactos que Anahí le había dejado anotados, Carolina sabía demasiado. Sólo le quedaba conocer aspectos formales de la investigación que había estado bajo la órbita del juez federal Daniel Rafecas.

Aquel jueves de marzo faltaba un paso: determinar si Sebastián era Sebastián. Debían cotejar sus datos genéticos con los de Pablo, su otro hermano desaparecido, quien presuntamente había muerto en un enfrentamiento en Tucumán. Primero le tomaron una muestra a Joaquín, el hermano de Carolina, ya que el cromosoma «Y» aporta información fundamental sobre la línea paterna. Luego, en la embajada de Washington (EE.UU.), se hizo lo mismo con uno de los hijos de Pablo. Diez días más tarde, el EAAF determinó la identidad: era Sebastián.

\*\*\*

–De chiquita yo decía que mis papás estaban en lo más azul del cielo. Cuando los extrañaba, me sentaba en el patio de la escuela a mirarlos en lo más azul del cielo. Y me quedaba ahí –dice Carolina. Bajo tierra, de casualidad y en lo que en 1975 era un descampado, aparecieron los cuerpos de Diana y Sebastián. Allí creció después un barrio y en ese barrio alguien hizo un tajo en la tierra con una pala que sacó a la luz tanta sombra.

Aun cuando el hallazgo estableciera cierto orden –ansiado o probablemente



FOTO: GENTILEZA  
FERNANDO LÓPEZ

imaginado-, el reverso de la moneda implicó el duelo: la aparición de los cuerpos también traía la certeza de la muerte.

Militantes del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), Diana y Sebastián habían sido «chupados» el 9 de diciembre de 1975, dos semanas antes del ataque al Batallón de Monte Chingolo –la última y más arriesgada acción del ERP, que Diana estaba planeando con sumo detalle- y dos días después de la captura de Juan Eliseo Ledesma, el jefe de logística erpiano, entregado por las delaciones de Jesús “el Oso” Ranier, agente de inteligencia del Ejército infiltrado en el ERP.

Un grupo de trece personas los secuestró en un departamento del cuarto piso de Callao 1158 de la Capital Federal, en presencia de sus hijos Carolina y Joaquín –nacidos en la clandestinidad-, de un año y medio y tres meses respectivamente. Treinta y siete años después de oír por última vez a sus padres –acaso los gritos de pánico y dolor, aunque ella no tenga recuerdos conscientes de aquello-, Carolina era la

primera persona de su familia en saber que Diana y Sebastián salían, por fin, del subsuelo terrorífico de la desaparición y ascendían al mundo de los muertos.

\*\*\*

Hasta que crecieron y pudieron entender la complejidad de las desapariciones, los tres hijos de Carolina repitieron una misma pregunta:

–Mami, si no los viste muertos, ¿cómo sabés que los abuelos están muertos?

Ludmila Catena, antropóloga y directora del Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba, argumentará después que la figura de la desaparición implica una triple falta: del cuerpo, de la muerte misma y del duelo, tan necesario. Esa triple ausencia fue constitutiva de la identidad de Carolina y de sus hijos.

–Yo no los esperaba vivos. Terapéuticamente lo había elaborado: los había soñado, los había enterrado; yo quería encontrar los huesos. Además, no tenía recuerdos de

ellos vivos –dice Carolina–. ¿A quién iba a esperar vivo? Si lo que yo tenía de ellos eran fotos. Por eso, y aunque suene raro, de chica lo que yo esperaba eran imágenes, cuentos, canciones.

\*\*\*

**E**n su patio de barrio Los Boulevares, Nacho Llorens habla con una voz honda mientras cae la tarde. Nacho es hermano de Sebastián y tío de Carolina. Tiene una barba oscura y mueve sus dedos largos mientras habla.

–Nosotros pensábamos que los habían tirado al mar. Que los habían hecho «volar». Nunca imaginamos que pudieran aparecer –se sincera.

A Nacho se le anuda la voz y hace largos silencios. Traga saliva y dice que su cabeza se aferró a una esperanza, difícil de explicar para alguien que vivió décadas devastadoras. En los años '60 y '70, hubo momentos en los que sólo tres o cuatro de sus diez hermanos estaban en libertad; los demás sufrían en cárceles o en el exilio. O estaban «desaparecidos».

–Aunque no lo decía, en el fondo yo pensaba que a lo mejor Sebastián estaba vivo. Siempre estaba la remota posibilidad de que estuviera loco y perdido por ahí –dice Nacho–. O vivo, en algún lado, qué sé yo. Con Pablo sabíamos lo que pasó, pero con Seba no.

Cuando la muerte es tan extemporánea –cuando la certeza de la muerte llega tan tarde-, a veces sólo queda salvar en el pensamiento a esos muertos queridos: mecanismos psicológicos para evitarles sufrimientos.

\*\*\*

**S**entada en el puf en el que Anahí Ginarte le dijo que habían encontrado a sus padres, Carolina habla pausado. Ahora que sabe que sus padres no murieron por heridas de bala ni por traumatismos que dejaran evidencias en los huesos, puede imaginar escenarios más y menos dolorosos:

–Pueden haber muerto por tortura o por una inyección letal. Si quiero imaginarme algo más «agradable», me imagino una inyección letal, porque eso significa que sufrieron menos. Pero que los torturaron, los torturaron un montón –dice.

Las desapariciones –no las de Diana y Sebastián: todas– no fueron sólo la eliminación física e individual, sino el mensaje colectivo de esas ausencias: la construcción en las cabezas ajenas, la inoculación del terror y el silencio relleno de los huecos de las certezas.

Desenterrar los huesos fue desenterrar cierto silencio familiar: rellenar de vida los recuerdos inanimados de Diana y Sebastián.

Durante casi cuarenta años, ni los Llorens ni los Triay pudieron sumergirse en las profundidades en las que a veces buceó Carolina. Ella –que tantas veces quiso entenderlos- cree que fue la forma que encontraron los demás para cuidar a los vivos y a los muertos. Dolían tanto las ausencias que casi todos naturalizaron un doble muro de contención: un cristal que por un lado ponía a salvo a Carolina y Joaquín, y por el otro blindaba el recuerdo de Diana y Sebastián. Ese cristal se hizo pedazos.

–En mi familia Triay se hablaba mucho de mi mamá, pero nada de su militancia. Ese era el límite. Aun así, tenía muchas historias de ella. Pero de mi papá nadie me hablaba. Por momentos pensaba: «¿Qué les pasa? ¿No lo querían?». Pero aparecieron los restos y aparecieron las historias, las anécdotas. Y entendí esa dificultad de los Llorens, esa imposibilidad de contar cosas lindas –dice Carolina–. Pudimos hablar de temas que, de tan dolorosos, nadie nunca hablaba.

Carolina se afloja y ríe. Mezcla relatos que brotaron en los últimos tiempos y va cosiendo una herencia familiar de gestos y comportamientos.

–Me contaban cosas de mi papá y era verlo actuar ahora a Teo, mi hijo de doce años: tiene el mismo carácter cabrón y la misma cabeza de huevo –dice–. Le ves los huesos y decís: «Éste va a ser igualito al abuelo».

\*\*\*

Los esqueletos de Diana y Sebastián, armados a la par, impresionaban. Sólo tres familiares habían entrado a la sala del EAAF, en la Ciudad de Buenos Aires, donde se realizaba la primera ceremonia íntima de restitución de los cuerpos.

Carolina, acompañada por su esposo César y su tía María –hermana de Sebastián-, vivió una experiencia conmovedora.

–Lo hemos hablado con otros chicos de HIJOS (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) y estar frente a los huesos es decir: «Soy parte de esto que ya no está, pero yo nací de estos huesos» –dice Carolina-. Cuando vi la pelvis de mi mamá me imaginé que estuve ahí. Cuando vi las piernas de mi papá me vi jugando agarrada de esas piernas. Fue sentir por primera vez que tocaba de manera consciente lo que fueron sus cuerpos.

Pocos días después hubo una segunda ceremonia en el EAAF. Nacho estuvo ahí.

–Fue durísimo tener contacto con los cadáveres descarnados. Un momento muy, muy triste –dice Nacho-. No necesitabas hacerles el ADN para darte cuenta. Era verlos a Sebastián y Diana ahí.

Nelly, madre de Sebastián y una de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo en Córdoba, no quiso entrar a la sala del EAAF. A los noventa y dos años no le cabía tamaño dolor. Ludmila (dieciocho años), Teo (doce) y Valentín (nueve) –hijos de Carolina- sí se animaron: tocaron los huesos, hicieron ese duelo.

Carolina siente que ahí –justo ahí- empezó un tiempo distinto. Porque la restitución fue mucho más que reencontrarse con los cuerpos. Fue un proceso de restitución de los huesos pero, sobre todo, de resignificación de las vidas de sus padres. Ella, que se reconoce como una «zurcidora de la historia», encontró gente y anécdotas, entrevistó y hurgó. Y aparecieron fotos: algunas fueron un tesoro, como las del Registro de Extremistas, que en mayo se incluyeron en



un pequeño libro que editó el Archivo Provincial de la Memoria.

Mientras habla, Carolina busca el librito. Señala una foto de Diana, joven, con dos largas trenzas y una mirada que recuerda mucho a la de su hija.

–La conseguimos cuando armábamos el libro y tiene una nitidez impresionante. A mí y a mi hija Ludmila nos hacía imaginarla moviéndose. Cuando vimos los huesos, esa foto nos permitió tener una imagen de presencia tangible –dice Carolina.

\*\*\*

El corazón del barrio Sarmiento, donde habían aparecido los cuerpos, latía en el interior de la historia. Carolina sintió que allí debía ocurrir un hecho simbólico. Lo habló con el equipo del EAAF y logró la aprobación. Allí, a mil metros de Camino de Cintura y avenida La Noria –en lo más recóndito del conurbano bonaerense-, se hizo el primer acto público de restitución de los restos de Sebastián Llorens y Diana Triay. En la mañana del 28 de mayo de 2013, Martín Fresneda, secretario de Derechos Humanos de la Nación y compañero de militancia de Carolina en HIJOS Córdoba, habló emocionado bajo un aguacero:

–Ellos volvieron de la desaparición a la muerte. Para quienes nos tocó conocer a nuestros padres por fotos, abrazar estos

huesos es abrazarnos con nuestros padres –dijo el funcionario. A su izquierda, bajo la lona de una carpa anaranjada, miraba atento el ex juez español Baltazar Garzón. A la derecha de Fresneda, Nelly Llorens, chiquitita, arrugada, sonriente, se sacaba una boina oscura y se anudaba el pañuelo blanco de las Madres de Plaza de Mayo. Pegada a su abuela, y con el pelo chorreando el agua de la lluvia, Carolina contemplaba con ojos brillantes. Le apretaba una mano a Nelly y miraba con ternura los portarretratos con imágenes de sus papás sobre las urnas en las que estaban los huesos.

Para cuatro generaciones de la familia Llorens, el hallazgo de los huesos en ese barrio no era una casualidad: representaba una continuidad en la vida de Sebastián y Diana, quienes fueron tomados como íconos por los pobladores de Sarmiento. Cuando en esa mañana lluviosa Carolina vio que los vecinos habían colgado un pasacalles con los nombres de sus padres, le resultó imposible contener un llanto espontáneo y visceral. Se sintió arropada con cada palabra de los pobladores del barrio y tembló de emoción al descubrir un mural con letras amarillas sobre un fondo color tierra, con dos puños apretados y algunas casitas con techos de colores: «No son sólo memoria, son vida abierta, son camino que empieza y que nos llama. Sebastián y Diana», leyó entre lágrimas.

Ahora, en un mediodía cordobés, Carolina recuerda aquella mañana helada de mayo. Cree que inclusive esa lluvia feroz tuvo su razón. Aquel aguacero en el conurbano bonaerense los empapó pero, a la vez, hizo que no quedaran políticos de ocasión ni dolientes por compromiso. La gente del barrio Sarmiento siguió ahí, en el barro y de pie. Terminaron comiendo un «locrazo», mezclados familiares y vecinos.

A Carolina, un amigo le dijo que todo parecía una película guionada por «Rabo de nube», la canción del trovador cubano Silvio Rodríguez.

Carolina canta muy suave: «*Si me dijeran pide un deseo / preferiría un rabo de nube /*

*que se llevara lo feo / y nos dejara el que-rube / Un barredor de tristezas / un aguacero en venganza / que cuando escampe parezca / nuestra esperanza*».

–Cuando leí la canción, era la restitución, tal cual –dice.

Sentada en su puf, abre los ojos y suspira, como queriendo retener una imagen.

–Ese día sentí que la de mis papás fue una victoria. Una victoria más compleja: como si le hubiesen ganado algo a la maldad terrible de la desaparición. Ellos se amaron mucho y yo me pregunto: «¿Ese amor se puede desaparecer?». Ahí está el triunfo, y en que aparezcan entre los luchadores de un barrio –dice–. En un momento con mi hermano nos dijimos, un poco en broma y un poco en serio, si sus cuerpos no merecían quedarse ahí, con su gente. Pero nos respondimos: «Inclusive muertos ya han hecho mucho». Y necesitaban descansar en paz, en un cementerio.

\*\*\*

Lejos de la situación idílica de un orden ansiado –cierto acomodo real, pero incompleto–, el hallazgo de los cuerpos fue un poderoso movimiento de desacomodo: sacudió emociones y construcciones de sentido. Se vivió el duelo con toda la intensidad: «como si se hubieran muerto ayer». Elaborarlo fue una esforzada –penosa, desgarradora– tarea para todos.

–Para mí fue muy sanador. Aunque parezca contradictorio, hay mucha paz en la muerte, y en tener un lugar en el que sabés que están los huesos de tus papás –dice Carolina, que aclara que habla de una «calma de espíritus», una forma de atravesar los conflictos. Porque hubo conflictos, y la afectaron. Se sentía la bisagra entre los Triay y los Llorens, y contemplaba una batalla permanente y no declarada.

–Yo no sé lo que es ser hija de padres separados, pero sí viví ser hija de dos familias. Los papás unen a las familias mientras están presentes, mantienen una cohesión. Al no estar mis papás, y ahora que tampoco

**DIANA**

**Y**

**SEBASTIAN**





estaban mis abuelos Triay, que nos criaron, había muchísima tensión. Se reavivaron muchas cosas –dice.

Por aquellos días, Nelly Llorens –noventa y tres años cumplidos en julio– se enojó muchísimo. Porque la muerte también produce enojo. Sobre todo cuando el hallazgo de los cuerpos es una noticia reciente que no se puede contar hasta que un juez lo haga oficial. Nelly se mantuvo a flote con el salvavidas del fervor religioso. De todos modos, discutió mucho con sus nietos –Carolina y Joaquín tenían un derecho superior para decidir en qué sitio enterrarían a Sebastián y Diana– hasta encontrar cierto sosiego. Empezó a aflojarse durante los actos públicos de restitución: ante la gente fue, como siempre, seductora. Pero el frío y la lluvia del barrio Sarmiento y las emociones de la ceremonia en Córdoba le dejaron una neumonía de la que le costó recuperarse.

En octubre, cuando puede mirar todo aquello en perspectiva, Carolina destaca que pese a las diferencias internas en la familia, los Llorens lograron una tregua a la cual le pone nombre preciso: concordia. Aunque las antipatías políticas se habían agudizado –hubo quienes no participaron de las ceremonias públicas de restitución porque sostenían que el Gobierno nacional se aprovecharía del dolor familiar–, en el ritual íntimo de despedida la tristeza borró todo encono: en la casa de Nelly, y delante de las urnas con los huesos de Sebastián y Diana, prevaleció una única tristeza.

Para los Triay, la restitución fue traumática. Hay heridas que no cerrarán jamás. Los abuelos Carolina y Hugo, quienes criaron a Carolina y Joaquín, murieron con tristeza infinita, esperando a Diana, o a su recuerdo. Cuentan que las navidades de los Triay eran antológicas. Pero que después del secuestro de Diana, a fines del '75, ya no hubo navidades: el miedo se había metido como el salitre que corroe todo.

Nidia, la mayor de las tres hermanas de Diana, vivió la restitución como un hecho dramático. Tiene pegadas fotos de Diana en

su habitación y el pasado la traiciona: hace poco, durante una reunión, pidió silencio para contar que habían secuestrado a su hermana menor. Talía, la segunda hermana, no participó de la restitución: sólo cuando pudo fue al cementerio de Unquillo a dejar flores. Mirta, la tercera hermana, vive en España: no quiso volver para las ceremonias y se enfureció con todos los actos públicos de restitución. Para Carolina fue un dolor inesperado.

–Mi tía todavía está más enojada con el ERP que con los militares. Está dolida, y la entiendo, pero yo la quiero mucho y para mí fue muy doloroso que no viniera y que durante dos meses no me hablara. Con mi familia Triay no pudimos hacer un ritual para despedir a mis papás –dice Carolina.

De los Triay, sólo logró reunirse con sus primos Hugo, Gabriela y Diego. Comieron unas empanadas y rieron. Sólo con ellos compartió esa extraña alegría. Pese a todo, Carolina se siente en paz.

–Lo que pasa es que encontrar los restos no borra los 37 años de desaparición –dice Carolina–. Mi abuela nunca pudo sobrellevar la pérdida de su hija. La siguió esperando hasta el día que murió. Que ahora hayamos encontrado los restos, ¿quita algo de todo ese tiempo de inmenso dolor?

\*\*\*

U nos dos meses después de las ceremonias de restitución, Teo llegó preocupado a su casa.

–Mis abuelos ya no son desaparecidos. Son víctimas de la dictadura –dijo.

–Siempre fueron víctimas de la dictadura, Teo –le dijeron Carolina y César.

Teo se quedó pensando. Le costaba reaccionar. Su identidad se construyó como nieto de desaparecidos. El nuevo escenario le resultaba complejo. Tan complejo y difícil como resultó no poder hablarlo con nadie que no fuese de su familia hasta que la Justicia hiciera público que habían hallado los restos de sus abuelos.

Por afuera, Carolina irradiaba claridad.

Por dentro estaba llena de preguntas. Como todos. No hay manuales para construir la identidad. De todos modos, ella sintió un poderoso apuntalamiento. Largas rondas de mates con los integrantes del EAAF, cálidas tardes en el Archivo de la Memoria –Ludmila Catena tuvo un rol protagónico- y las charlas de siempre con sus compañeros y amigos de HIJOS.

En octubre de 2013, unos días antes de que se cumpliera el primer aniversario del hallazgo de sus padres, Carolina ya encontró algunas respuestas.

–¿Qué cambió en relación con mi identidad? ¿Quién soy ahora? –se pregunta–. Creo que mi identidad se hace más compleja, no distinta. Ahora soy hija de desaparecidos, asesinados y restituidos. No dejo de ser hija de desaparecidos. Eso es parte de mi existencia y mi identidad. Soy una hija de desaparecidos que pudo encontrar los restos, pero los huesos no borran los 37 años de desaparición.

Teo solía empeñarse en saber si los huesos de sus abuelos podían estar en cualquier parte: debajo de la vereda que pisaba en ese instante, por ejemplo. Ahora sabe pero sigue tratando de entender.

–Recién ahora estoy cayendo, mami. Porque yo los esperaba vivos –confesó hace poco.

Esas preocupaciones de sus hijos –esas esperanzas, esas construcciones- atraviesan a Carolina. De chica, ella discutía mucho con su abuela materna. Y ese recuerdo se actualiza ahora, mientras todos van, poco a poco, complejizando sus identidades.

–Con mi abuela nos peleábamos un montón. Yo le discutía que perder a dos padres era mucho peor que perder a una hija. Ella me decía que no, que perder a una hija era peor. Y llegábamos a un punto en el que yo le planteaba que no había un «dolorímetro», que no lo podíamos medir –recuerda Carolina–. Cuando tuve hijos y cuando ellos se fueron haciendo preguntas sobre mis papás entendí todo lo que ella quería decir. ¿Quién le quita a mi abuela todo ese dolor?

La restitución y el reencuentro –aun en



la muerte, el mapa mutilado de los Llorens y los Triay recobra cierta forma- arrojan una luz que permite leer el pasado familiar de manera menos virulenta. Carolina entiende, recién ahora, silencios y comportamientos que sentía nocivos.

–En el afán de vernos bien a mí y a Joaquín, mis abuelos maternos trataban de disimular la ausencia. Tal vez creían que nos íbamos a sentir mejor si la ausencia no era tan fuerte, tan marcada. Y yo iba a contra mano de la familia: era una empecinada en la presencia. Hasta le ponía flores a mi mamá para el Día de la Madre. Ja. ¡Mi abuela se sacaba de las casillas! –rememora.

Durante décadas, los Llorens tampoco



habían podido quitarse los fantasmas: desde los primeros años de la democracia hasta la restitución de los cuerpos en 2013, el velo de silencio había ido descorriéndose con pasmosa lentitud. No obstante, el hallazgo en el terraplén de barrio Sarmiento abrió una grieta. Los sobrinos de Sebastián indagaron quiénes eran esos tíos desaparecidos de los que se hablaba poco y nada. Inclusive Carolina se atrevió a mostrarles a sus primos algunos libros, fotos y recuerdos que había atesorado y nunca –por miedo, porque nadie hablaba de eso- se había animado a compartir.

Aunque la historia los haya distanciado, donde no hubo diferencias entre los Llorens y los Triay fue en la presencia de esas ausencias: todos soñaron y siguen soñando con Diana y Sebastián; todos los guardaron en la angustia y el dolor. En las dos familias sienten que son parte de sus identidades, de su cotidianeidad. De todos modos, el silencio fue más fuerte y cruel.

Nacho lo describe sin rodeos:

–Se hizo un corralito de silencio alrededor de nuestros desaparecidos, más aun en los primeros años de la dictadura –dice-. Directamente no se hablaba de ellos. Se empezó a hablar con las primeras movilizaciones, ya en democracia. Los habían hecho desaparecer en todo sentido. Eso fue lo que logró el Proceso.

\*\*\*

**R**emera negra, sweater fucsia, pañuelo de seda violeta oscuro alrededor de su cuello, Ludmila habla con la mano derecha apoyada a la altura del corazón. Un sol tibio se hace sentir en la Plaza de la Memoria de Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Es 31 de mayo de 2013 y Ludmila –dieciocho años, hija de Carolina con su primera pareja- abre la ceremonia de restitución pública de sus abuelos: Diana Triay y Sebastián Llorens. Cuando se aleja del micrófono, su mamá la estruja en un abrazo. Se quedan así unos segundos: cara contra

cara, los ojos vidriosos pero sin lágrimas.

La carga simbólica de ese acto en la UNC –el último antes de la ceremonia íntima y el entierro- era poderosa. Durante meses, Carolina y Ludmila lo habían esperado con intensidad: en público, el mismo Estado que había «desaparecido» a Diana y Sebastián estaba restituyendo –a sus familias, al país- sus cuerpos y sus historias. Poco le importaba a Carolina que hubiera quienes objetaran esos actos por sus connotaciones políticas. Para ella, el Estado le estaba dando sentido a una complejidad enorme. Cuando lo recuerda, se emociona:

–Hace poco veía un video de las primeras reuniones de HIJOS. Entonces nos preguntábamos: «¿Qué mierda vamos a hacer?». En ese video tengo en brazos a Ludmila, que era bebida, y nunca podía imaginarme que íbamos a encontrar a mis papás. Y esto, más allá de la suerte, pasó porque hay políticas de Estado, porque existe el EAAF y porque hay un reconocimiento de la importancia de la restitución pública de los restos de los desaparecidos. No podemos hacernos los boludos. Quedarse sólo en la gente que los encontró –que es bellísima y acogedora- es hacer parecer más simple algo que tiene una complejidad muy grande –dice.

Aquella siesta cordobesa de mayo –que fue al mismo tiempo encuentro y despedida- trascendió las historias personales de Sebastián Llorens y Diana Triay. Fue un duelo colectivo en un espacio público de una Universidad, también pública, con la presencia –y los discursos sentidos, nada acartonados- del rector Francisco Tamarit y el Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Diego Tatián.

En un momento, antes de entrar al Centro de Producción e Investigación en Artes (Cepia) de la UNC, una mujer que Carolina no conocía se acercó a hablarle.

–Yo tengo un hermano desaparecido y no sé qué me va a pasar el día que lo encuentre. Vine acá a ver cómo será, si voy a poder. ¿Podré? –le dijo.

\*\*\*

**E**n la restitución en la UNC, Nelly Llorens brilla por su entereza. Cuando la ayudan a sentarse –después de sus palabras y los aplausos–, su mirada transmite paz. Tiene su bastón en el regazo, una flor de lana roja en el ojal, un pulóver violeta debajo de un sobretodo negro y un largo rosario de madera. El pañuelo blanco de las Madres está anudado de manera prolija y aprieta levemente sus lentes de metal.

Compañera de lucha desde hace décadas, Emi D'Ambra –pulóver beige, anteojos redondos, pañuelo blanco de las Madres– contempla a Nelly y pronuncia una frase que resuena aunque no haya paredes cerca en ese enorme espacio de la Ciudad Universitaria. Dice que siente una «extraña envidia» porque Nelly sabe, al fin, dónde están los huesos de su hijo y su nuera: ella –Emi sigue y seguirá esperando al «Nona», su hijo desaparecido.

Inclusive a meses de aquella tarde, a Carolina le resulta imposible sustraerse a ese impacto de la restitución en los demás. Quitar la muerte de su lugar y correrla hacia ninguna parte como plan de Estado –negar el entierro y el duelo– fue tan macabro que aun quienes recuperan jirones de su pasado tienen que anteponer la razón a ciertas emociones: a veces se siente culpa por haber recuperado y enterrado a un familiar, a veces hay que guardarse –o hacer menos visible– una sonrisa, por compasión con quienes seguirán esperando a sus muertos.

Carolina dice que, al enterarse del hallazgo de los restos de sus padres, le costó compartir la alegría con sus primas, que aún tienen a su madre desaparecida. Sentía que ella estaba haciendo algo que sus primas probablemente nunca podrían hacer. Y le dolió muy adentro otro dolor: el de Emi D'Ambra, porque considera que ella es un ícono de los Derechos Humanos en Córdoba y muy probablemente se quede sin cumplir el rito sagrado de enterrar a sus muertos.

–En cierto modo yo me siento afortunada. Porque además encontré a los dos: ¡a mi mamá y a mi papá! Es loco, ¿no? Por-

que uno se pone a pensar: «¿afortunada de encontrar los restos?». Parece poca cosa, pero te demuestra qué tan terrible fue el crimen de hacerlos desaparecer –dice Carolina, la voz intensa, cargada de matices–. Desde el mito de Antígona o en la misma Troya había un reconocimiento al enemigo y se le permitía enterrar a su gente. Eso es lo más jodido de las desapariciones: es un crimen que sigue sucediendo.

Como psicóloga, Carolina disfruta de los procesos de sanación. Ahora que recalcula y vuelve a acomodar en su lugar cada instante de su vida, cree que desde chica –cuando empezó a contradecir el silencio familiar para encontrarse con la dimensión real de sus padres– que viene haciendo eso.

Y cree –lo dice con una sonrisa plena– que la restitución en la UNC fue un acto de sanación colectiva.

–Yo sabía que no sólo era la restitución de mis papás, sino de toda una generación. Por eso propuse que hiciéramos una muestra con las expresiones artísticas de los dos –dice Carolina, y los ojos se abren grandes mientras sonrío–. Queríamos que vieran que no sólo eran militantes del ERP, sino gente que creció, sufrió y creó. No hay que quitar esa complejidad. Y quizá eso haya servido para repensar todo lo que nos perdimos al no tenerlos entre nosotros.

–¿Exponer y hacer visible esa complejidad de sus vidas es tu triunfo? –le pregunto en una de las últimas charlas.

–Sí, por eso tengo una sensación de calma. La calma que viene después de una batalla. Logramos, de manera colectiva, una victoria: que mis hijos puedan sentir orgullo de sus abuelos. Yo no viví el orgullo: yo era hija de dos personas de las que no había que hablar. Al orgullo lo descubrí mucho después. ▲

*Agradecimientos:  
A Caro, Silvia, Nacho,  
Hugo, Tinti y Josefina.*

